

escrito de modo indeleble en la historia de Europa. El trayecto de Tirana a Escútaris estaba previsto en helicóptero, el Santo Padre prefirió recorrer el centenar de kilómetros por una tortuosa carretera sembrada a derecha e izquierda de abandono, desolación y miles de montículos de cemento armado, los famosos «búnker» (más de 700,000) construidos para la defensa del territorio. Llegando a Escútaris, con el solemne rito de la consagración de los obispos, se inició la «re-fundación» de la Iglesia en Albania, la Iglesia crucificada, resucita a la plenitud de vida y de comunión apostólica. La jornada fue una conmemoración de los mártires que han hecho posible que perdure la fe en Albania. Europa y el mundo no deben olvidar los años de pasión del pueblo albanés; la recién restaurada catedral de Escútaris se levanta como bandera de la resurrección de Albania que vuelve a la oración, a la liturgia, al ejercicio de la caridad organizada y sistemática.

En los decenios posteriores a la segunda guerra mundial Albania se convirtió en un «láger», en un campo de concentración para tres millones de personas. Era una dictadura que parecía inexpugnable. Tanto el Papa como el presidente Sali Berisha señalaron dos factores positivos del paso de la dictadura a la democracia: el primero, que la salida del negro túnel ha sido de forma pacífica; el segundo, que ha sido de suma importancia el apoyo de Alemania y de Italia que con hombres y medios han contribuido a poner las bases para la reconstrucción cultural, moral, social y económica.

Al atardecer, de nuevo en Tirana, el pueblo en fiesta se reunió para despedir al Santo Padre, dándose cita en la plaza dedicada al patriota cristiano Scanderbeg (Príncipe Alejandro), el héroe que detuvo a los turcos (1443) y que fue honrado por los Papas como «Atleta de Cristo».

PABLO PÉREZ

Pablo VI: en camino a los altares

Fernando Pascual

UN joven sacerdote -apenas lleva dos años de ordenado- escribe a su familia las impresiones que le ha suscitado la muerte de Benedicto XV.

«Cómo es solemne y desastrosa la muerte vista en un Papa. Se tiene la impresión inconsciente de estar delante de una muerte simbólica, pues el más grande enigma humano, la muerte, viene a cubrir finalmente también al Pedro que se declara vencedor de la muerte y dueño y testimonio del más allá. Toda la multitud que pasa y contempla y no se sacia y parece querer espiar a través de los párpados cerrados algún rayo escondido del alba eterna: mira y piensa a lo lejos; ni siquiera reza, porque cree que la oración haya terminado en un triunfo. Pasa y ya no habla, casi como para no despertar al que duerme. Pedro, ¿por qué duermes?»¹

Son líneas entresacadas de la correspondencia a sus familiares de Giovanni Battista Montini, que reflejan ya una personalidad abierta, profunda y sensible ante los grandes misterios de la vida humana, una visión anhelante de los valores que no acaban.

¹ G. B. MONTINI, *Lettere ai familiari, 1919-1943*, I, 22 e 23 gennaio 1922 (fragmentos), Studium, Roma 1986, pp. 120-122.

Es obligado este recuerdo de Pablo VI, y no únicamente porque se cumplen 15 años desde que nos dejó, aquel domingo 6 de agosto de 1978, solemnidad de la Transfiguración del Señor. La noticia de la apertura oficial del proceso diocesano de la causa de canonización, en la diócesis de Roma, del Siervo de Dios Pablo VI, «en el siglo Giovanni Battista Montini» (así reza la fórmula canónica) no puede pasar desapercibida en el pueblo de Dios, que ha recibido tantas gracias y luces del pontificado del Papa Montini. Este 11 de mayo de 1993, día de la solemne apertura del proceso, debe ser una fecha memorizable: nos servirá de referencia para poder decir, ojalá muy pronto, que el camino canónico ha sido breve de duración, rico en descubrimientos y con el resultado de una canonización que muchos auspician muy próxima.

El Cardenal Vicario de Roma, Camilo Ruini, pronunció el discurso central del acto que ponía en marcha el proceso canónico. Ya en 1992 la reunión plenaria del episcopado italiano había votado unánimemente en favor de la apertura de la causa. También la diócesis de Brescia, que vio nacer a Montini, había iniciado el camino hacia la beatificación. Ahora, en el Vicariato de la diócesis que rigió Pablo VI durante 15 años, se reunieron numerosas personalidades de la Iglesia para testimoniar su adhesión al 262 sucesor de san Pedro y reconocer su entrega heroica a Cristo y a la Iglesia. Allí se encontraban el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado; el Sustituto para los Asuntos Generales, Giovanni Battista Re; el prefecto de la Congregación para los obispos, Cardenal Bernardin Gantin; el Primado de América Latina, Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez; los Cardenales Noé, Poletti, Caprio, Deskur, Martini y otras personalidades del mundo eclesiástico. No podemos omitir la mención de quienes estuvieron tan cerca del Papa Montini, sus secretarios, también presentes a la ceremonia: el arzobispo Pasquale Macchi, ahora prelado de Loreto, y Mons. John Magee, obispo de Cloyne (Irlanda).

Este acontecimiento es una buena ocasión para volver la memoria a la vida y obra de quien llevó el timón de la nave de la Iglesia en los años inquietos, borrascosos pero llenos de esperanza del postconcilio.

Semblanza de una historia

Nadie, en Concesio (Brescia), sospecharía que el nuevo hijo del matrimonio Giorgio Montini-Giuditta Alghisi iba a ser, con el pasar de los

años, sacerdote, obispo, cardenal y Papa. Pero la vida tiene sus ritmos y sus sorpresas, y fue niño quien nació un 26 de septiembre de 1897 de esta familia, tan cristiana en sus convicciones como en sus costumbres. Todavía como Pontífice, Pablo VI recordará los ejemplos de valor, del no rendirse nunca al mal, de preferir antes los motivos del vivir que la misma vida, que le fue dejando su padre². Buen inicio de una fe en Cristo: la que sus padres profesaron junto a la pila bautismal no era sólo de boca para fuera, sino una convicción profunda, de esa que los niños saben descubrir cuando ven a sus mayores en los avatares de la vida cotidiana.

Cuando no había cumplido los 16 años quiso ingresar en el seminario, pero su salud precaria se lo impidió. Tuvo que esperar hasta que en 1916 fue admitido al seminario mayor de Brescia para seguir el llamado al sacerdocio, si bien en régimen de estudiante externo, pues por los problemas de su natural poco robusto no le permitían adaptarse plenamente al ritmo del internado.

Cuatro años después, el 29 de mayo de 1920, Mons. Gaggi le imponía las manos que le marcaron como sacerdote para siempre. Desde luego, no sospechaba que un día iba a conocer en el concilio a quien había nacido ese mismo mes de mayo, el día 18, en Wadowice: Karol Wojtyła. Ya como Papa, a un grupo de neosacerdotes que se hallaban presentes en el Aula Pablo VI, les comentará un recuerdo de su primera misa sacerdotal:

«Conservad siempre la alegría, la generosidad, el entusiasmo de la primera misa. A mí me fue dicho esto, me acuerdo aún, cuando dije la primera misa, por un gran y santo sacerdote: Os recomiendo una sola cosa: que cada misa sea como la primera misa. ¡Qué hermoso! Es siempre una gran novedad que jamás alcanzaremos a agotar en nuestra meditación³».

Su ministerio sacerdotal tuvo desde el inicio un marcado tinte académico. Primero preparó su licenciatura en derecho canónico en Milán (1921). En 1922 lo encontramos en Roma, simultaneando los estudios en la Universidad Gregoriana y en la Pontificia academia eclesiástica. No han pasado dos años cuando ya trabaja en la Secretaría de Estado, primero como

² Cf. C. CREMONA, *Paolo VI*, Rusconi, Milano 1991; pp. 20-22.

³ Audiencia general de los miércoles, 2 de enero de 1974.

minutante a las órdenes del Cardenal Gasparri. El trabajo de servicio a la Iglesia en su mismo corazón romano no impide al joven Montini dedicarse al fecundo apostolado universitario: en 1924 es nombrado capellán del Círculo romano de las universidades católicas, y en 1925 es capellán general de las Universidades católicas italianas, en medio de los problemas que trajo al mundo eclesiástico la irrupción del fascismo en el poder.

En esos primeros años de sacerdocio Montini sintió la necesidad de elaborar un programa de vida exigente y completo, que orientase su trabajo en los principales campos de su vocación ministerial. Por medio de las preguntas fundamentales (*¿qué quiero?, ¿por qué?, ¿cómo?, ¿para quién y con quiénes?*) establece las líneas o consignas de acción: moral, intelectual, espiritual y social. Transcribimos aquí, aunque sea de un modo muy sucinto, algunas ideas sueltas de este programa, que reflejan un poco lo que fue toda su vida como pastor.

«*Consigna moral:* El ejercicio del pensamiento adquiere así para mí suma importancia moral. Debo amar el silencio, la atención, el método, el horario para volver fructífero y virtuoso el estudio. No debo desperdiciar en inútiles lecturas ni mi tiempo ni mi espíritu; por el contrario, debo procurar elegir con tino, con un criterio que me conduzca a una amplia cultura, pero con orden y con neta intención de sacar provecho, por lo menos en algún aspecto, de todas ellas. Echaré mano de una decidida energía para mantener libre mi mente de dudas fútiles, de dejadeces pesimistas, de fantasías impuras, de intenciones astutas, dobles, egoístas, de pereza en la investigación y en la reflexión».

«*Consigna intelectual:* Sea cual sea, por tanto, el orden de mis estudios, preferiré la literatura que recoge el pensamiento tradicional de la Iglesia. San Agustín y santo Tomás gozarán de mi particular veneración. Y será para mí un precepto el conocer con suficiente precisión y amplitud la doctrina cristiana. (...) Este propósito de seriedad debe traducirse en una probidad científica y en una mesurada crítica de mis escritos, de tal modo que, por un lado, ni las prisas ni la vanidad me inciten a hacer inmaduras afirmaciones o publicaciones; y, por otro, me infunda a la vez arrojo y humildad para tender a algún resultado conclusivo para provecho mío o de los demás y para hacer fructificar del mejor modo posible los talentos intelectuales que Dios me ha concedido».

«*Consigna espiritual*: Sólo una nota me debe ser extraordinaria, a saber: una esencial preferencia por lo que es esencial y común en la vida espiritual católica. Así tendré a la Iglesia, madre de la caridad; su liturgia será la regla de mi espiritualidad religiosa; la parroquia, el lugar preferido para mi oración; la reverencia al párroco, al obispo, al Papa, la expresión concreta de mi caridad y sentido de unidad y de renuncia al egoísmo y al individualismo. Me sea por lo tanto muy querido que, en mi educación espiritual, tengan la precedencia la simplicidad de los dogmas fundamentales de la fe y la armonía de la constitución unitaria de la Iglesia, bastándole y sobrándole a mi piedad, para ser viva y veraz, la fortuna de pertenecer sencilla, pero directamente, al cortejo de Cristo y de participar, por adhesión a su Cuerpo místico, de sus méritos, de su historia y de su gloria».

«*Consigna social*: La cátedra, la prensa, la obra de arte, la conferencia, la correspondencia, y siempre la amistad y, por lo demás, toda otra forma de comunicación con los demás, podrán ser, bien consideradas, un deber para mí; deber que, una vez establecido, he de seguir con gusto y desinterés. Si encuentro a otros que, como yo, viven obligados por la misma oferta interior, me serán muy queridos y gustaré su amistad, añadiendo a otras relaciones ya existentes, un especial aprecio, dirigido a consolidar nuestros comunes propósitos».

La vida avanza, y el 13 de diciembre de 1937 recibe el nombramiento de Sustituto de la Secretaría de Estado para los asuntos ordinarios, mientras ocupa la cátedra de Pedro el Papa Pío XI. Continúa durante los primeros 13 años del Pontificado de Pío XII en este trabajo, hasta que el 29 de noviembre de 1952 es nombrado Pro-secretario de Estado.

La providencia tiene sus caminos, a veces difíciles de comprender para los hombres. Montini ha pasado 30 años en el apostolado de los bastidores, y le resulta un mundo sumamente conocido, familiar, casi propio. Pero Dios lo quiere sacar al palco, a la sede episcopal de una de las diócesis más importantes del orbe: Milán. Es el día 1° de noviembre de 1954.

Sería difícil hacer un balance del ministerio como arzobispo de Milán durante los 9 años que transcurrió en la ciudad lombarda. Reciben el ardor y la fe del nuevo sucesor de san Ambrosio el clero y los laicos, los intelectuales y los obreros, los estudiantes y los profesionistas, los enfermos y encarcelados, las congregaciones, órdenes e institutos laicales. Sus

numerosos escritos y homilías de este período reflejan su fina atención a las distintas circunstancias y a las necesidades de los grupos sociales, sin jamás perder de vista la centralidad de la figura de Cristo, el amor supremo de la vida de Montini⁴.

El 15 de diciembre de 1958, Juan XXIII quiso conceder la púrpura cardenalicia a Montini. Mientras, se ponía en marcha la Iglesia hacia una renovación y revitalización por medio del Concilio. El Cardenal Montini intervino en él con gran acierto, y dejó una huella profunda en la orientación inicial de documentos como el de *Lumen gentium*. Pero la muerte de Juan XXIII significó un momento de incerteza respecto a quién le iba a suceder y qué dirección imprimiría a los trabajos conciliares. Cuando el 22 de junio de 1963 se anunciaba *urbi et orbe* que el 262 sucesor de Pedro era el arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini, y que tomaba el nombre de Pablo para su pontificado (han transcurrido 342 años desde el último Papa Pablo), todos experimentaron la seguridad de que el concilio seguiría tras las huellas que había dejado el inmortal Papa Roncalli.

El entonces patriarca de Venecia, Albino Luciani, a los tres días de la muerte del Papa Montini, recordaba en una homilía el sentido que tenía el nombre *Pablo* para el pontífice que acababa de fallecer:

«¿Cómo deseas ser llamado?» le habían preguntado, hace quince años, al término del cónclave. Y él: “Me llamaré Pablo”. Quien lo conocía, habría asegurado que elegiría ese nombre. Desde siempre Montini había sido un apasionado de los escritos, vida, del dinamismo del grande apóstol de las gentes. Y vivió su *paulinidad* completamente y hasta el final. El 29 de junio habló sobre los quince años de su pontificado; hizo suyas las palabras que san Pablo, también próximo al fin, había escrito a Timoteo: *He conservado y defendido la fe* (2 Tim 4,7)»⁵.

Ese ardor de Pablo le llevó, pues, a seguir trabajando por la Iglesia. La tarea era ingente. Terminar el concilio, poner en marcha su ejecución en

⁴ Basta con ojear sus numerosas homilías para poder apreciar su pasión por Jesucristo. Un botón de muestra lo constituye la obra, varias veces reeditada y aumentada, *Cristo, vida del hombre de hoy*, que recoge homilías de G. B. Montini, sobre todo en el período de su ministerio episcopal en Milán.

⁵ A. LUCIANI, 9 de agosto de 1978.

todos los ámbitos de la vida eclesial, acudir en apoyo de los cristianos que vivían los ataques obsesivos de la persecución comunista, o las tentaciones subrepticias del mundo capitalista, defender a los pueblos que querían romper el yugo del subdesarrollo y alcanzar una participación digna en la mesa de los bienes que Dios nos había repartido a todos.

Sería difícil intentar esbozar, aunque fuera a grandes rasgos, aquellos 15 años de pontificado. Quizá una novedad fecunda, propia del dinamismo misionero de un nuevo Pablo, la encontramos en sus viajes. Eran la señal inequívoca de que la Iglesia, evangelizada en su vida litúrgica por el mismo Cristo, no renunciaba a ser evangelizadora, siempre con la fuerza del amor y del respeto. También ese anuncio llegó a América Latina, con aquellas palabras que fue esparciendo en Colombia del 22 al 25 de agosto de 1968 (el año de las contestaciones). El encuentro con los campesinos dejó en aquellos corazones hambrientos de esperanza una semilla imborrable. Algunas frases de aquella jornada merecen ser reproducidas, pues son reflejo fiel del corazón de Pablo VI:

«Os amamos con un afecto de predilección y con Nos, recordadlo bien y tenedlo siempre presente, os ama la Santa Iglesia católica. Porque conocemos las condiciones de vuestra existencia: condiciones de miseria para muchos de vosotros, a veces inferiores a la exigencia normal de la vida humana. Nos estáis ahora escuchando en silencio; pero oímos el grito que sube de vuestro sufrimiento y del de la mayor parte de la humanidad. No podemos desinteresarnos de vosotros; queremos ser solidarios con vuestra buena causa, que es la del pueblo humilde, la de la gente pobre. (...) Permitid finalmente que os exhortemos a no poner vuestra confianza en la violencia ni en la revolución; tal actitud es contraria al espíritu cristiano y puede también retardar y no favorecer la elevación social a la cual aspiráis legítimamente»⁶.

Los testimonios de reconocimiento y de gratitud hacia la personalidad y el pontificado del Papa Montini han sido tan numerosos que sería una pretensión absurda quererlos recoger aquí. Quizá sean significativas estas palabras pronunciadas por Juan Pablo II en 1988, que ofrecen una valoración panorámica de lo que fue aquel pontificado:

⁶ *Insegnamenti di Paolo VI*, Tipografia Poliglotta Vaticana, VI (1968), pp. 373 y 376.

«El Señor había dado a Pablo VI dotes incomparables, que él hizo fructificar estupendamente, con una delicadísima modestia: el corazón lleno de comprensión y longanimidad; la inteligencia aguda, lúcida, sintética; la mirada viva y penetrante; la voluntad diamantina sin compromisos; la fuerza y la belleza de la expresión hablada y escrita; los monumentos de sus encíclicas y de sus discursos; el ardor de sus viajes que él inició, el primero en este siglo a escala internacional, en el ansia que le urgía en su interior de proclamar la verdad, de anunciar a Cristo, de hacer amar a María, Madre de la Iglesia, de hacer conocer la misma Iglesia. Su inteligencia y cultura le dieron un sentido agudo de la grandeza y de la miseria del hombre en una situación contradictoria como aquella de nuestra generación: pero su fe y caridad le inspiraron aquella *civilización del amor* sin la cual, hoy como nunca, la humanidad difícilmente podrá encontrar la solución a los problemas que la turban profundamente. Comprendió al hombre porque lo miró con los ojos de Cristo. Ayudó al hombre, porque lo amó con el amor de Cristo. Sirvió al hombre, porque le indicó la verdad de Cristo en toda su plenitud»⁷.

El corazón del Papa

Es difícil poder comprender en profundidad el cúmulo de pensamientos, inquietudes, problemas, esperanzas y proyectos que van tocando, con el pasar de los días, el corazón del obispo de Roma. De vez en vez salieron a luz algunas de esas profundas experiencias, y dejaron una honda impresión en no pocos de los oyentes, que se veían interpelados ante el llamamiento de amor del Papa.

Una circunstancia especialmente dolorosa fue el secuestro de Aldo Moro, presidente de la Democracia cristiana italiana e íntimo amigo desde su juventud de Mons. Montini. El viernes 21 de abril de 1978 Pablo VI dirigió una carta a los secuestradores, las *Brigadas Rojas*, que habla por sí misma:

«Es en este nombre supremo de Cristo, en el que yo me dirijo a vosotros, que ciertamente no lo ignoráis, a vosotros, desconocidos e

⁷ JUAN PABLO II, 28 de septiembre de 1988.

implacables adversarios de este hombre, digno e inocente; os lo ruego de rodillas, liberad al honorable Aldo Moro, simplemente, sin condiciones, no tanto por el motivo de mi humilde y afectuosa intercesión sino en virtud de su dignidad de común hermano en la humanidad y por causa de un verdadero progreso social».

Su petición, reiterada en la Audiencia general del miércoles 26 de abril, no fue escuchada. Aldo Moro apareció asesinado, en el centro mismo de Roma, el día 9 de mayo de ese mismo año 1978. El mismo Pablo VI dio la noticia a una comunidad eclesial de Roma con un gemido propio sólo de un Siervo de los siervos de Dios...

Pero ha sido la lectura de su *Meditación ante la muerte*, publicada en agosto de 1979, la que más nos ha abierto a la comprensión del Papa Montini. Si nos resulta desconocida la fecha de este manuscrito (hay quien lo data en 1973, durante una tanda de ejercicios espirituales), no se puede decir lo mismo de su contenido, reflejo fiel de lo que fue su pontificado, siempre orientado hacia Cristo, su amor supremo, y hacia la Iglesia. En estas líneas confiesa, con la sencillez de la verdad, que fue el amor a la Iglesia «quien me sacó de mi mezcquino y selvático egoísmo y me encaminó a su servicio; y para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido»⁸. Ese mismo amor le llena el corazón de un presentimiento que tiene tintes proféticos: parece un pronóstico de la próxima llegada de un Papa con las características que reunirá Juan Pablo II. Todo ello con una confesión que rezuma amor y donación a la Esposa de Cristo.

«Llega la hora. Desde hace algún tiempo tengo el presentimiento de ello. Más aún que el agotamiento físico, pronto a ceder en cualquier momento, el drama de mis responsabilidades parece sugerir como solución providencial mi éxodo de este mundo, a fin de que la Providencia pueda manifestarse y llevar a la Iglesia a mejores destinos. Sí, la Providencia tiene muchos modos de intervenir en el juego formidable de las circunstancias que cercan mi pequeñez: pero el de mi llamada a la otra vida parece obvio, para que me sustituya otro más fuerte y no vinculado a las presentes dificultades. *Servus inutilis sum*»

⁸ PABLO VI, *Meditación ante la muerte*, versión española en *L'Osservatore Romano*, 6 de agosto de 1979.

Conclusión

La tarde del 6 de agosto de 1978 una noticia nos sobrecogió a muchos en nuestro descanso dominical: las condiciones de salud del Papa se habían agravado, y era inminente un desenlace definitivo. No tuvimos que esperar a la noche para que el luto sobrecogedor que trae consigo la muerte de un romano pontífice nos dejase una honda impresión y un sentido profundo de recogimiento. La pregunta que el joven Montini se hacía ante la muerte de Benedicto XV (*Pedro, ¿por qué duermes?*) era la de todos los que vivimos aquellos momentos supremos de la vida del Papa. Todavía hoy, cuando nos arrodillamos ante su tumba sencilla, pobre, velo indefinido de lo que ocurre a la hora del encuentro definitivo con el Padre, sentimos una extraña sensación de respeto, de gratitud y de adhesión. Su obra no puede terminar, como estamos viendo, gracias a Dios, en el pontificado del Papa Wojtyla. Pero el recuerdo de su persona, del ya Siervo de Dios Pablo VI, y ojalá pronto llegue la hora en la que podamos llamarle santo, durará en muchas generaciones de cristianos.

Quizá el mejor cierre a estas breves notas pueda ser el que el mismo Pablo VI escribió, con su puño y letra, en la *Meditación ante la muerte*. Son los saludos de despedida que nos recuerdan la propia misión y nos invitan a un «hasta pronto», en la casa del Padre.

«Ahora hay que recordar la oración final de Jesús (Jn 17). El Padre y los míos: estos son todos uno; en la confrontación con el mal que hay en la tierra y en la posibilidad de su salvación; en la conciencia suprema que era mi misión llamarlos, revelarles la verdad, hacerlos hijos de Dios y hermanos entre sí; amarlos con el Amor que hay en Dios y que de Dios, mediante Cristo, ha venido a la humanidad y por el ministerio de la Iglesia, a mí confiado, se comunica a ella».

«Hombres, comprendedme: a todos os amo en la efusión del Espíritu Santo, del que yo, ministro, debía hacerlos partícipes. Así os miro, así os saludo, así os bendigo. A todos. Y a vosotros, más cercanos a mí, más cordialmente. La paz sea con vosotros. Y, ¿qué diré a la Iglesia a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones vengan sobre ti: ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las

necesidades verdaderas y profundas de la humanidad: y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo.

Amén. El Señor viene. Amén.»

FERNANDO PASCUAL